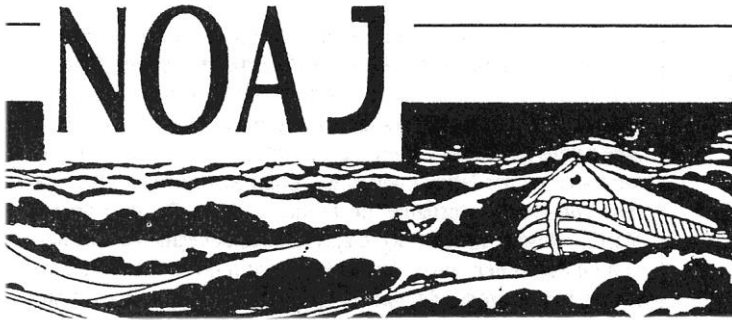




Año III, N°. 3-4, mayo de 1989

Szpunberg, Alberto. A tiro de piedra. pp. 50-53

Alberto Szpunberg

A tiro de piedra

A Mijal

*Buenos Aires, 1940.
Vive en España
desde 1977. Es
docente de literatura
argentina, y ex
director del Depto. de
Lenguas y
Literaturas Clásicas
de la Universidad de
Buenos Aires. Publicó
los poemarios
Poemas de la mano
mayor (1962), Juego
limpio (1963), El
Ché Amor (1966), Su
fuego en la tibieza
(1981), Apuntes
(1982-1985). Obtuvo
el Primer Premio de
poesía "Ciudad
Alcalá de Henares"
en 1980.*

Todos los años, el Día del Perdón, mi abuelo daba vuelta la última página del Libro de Oraciones y exclamaba: "El año próximo en Jerusalem". Una vez le pregunte dónde había nacido y él me contó que en Colorash, un pueblito situado en el cruce de vaya a saber qué cambiantes y absurdas fronteras. "¿Fronteras?" — se rió mi abuelo —. "Una semana, Colorash fue invadido y saqueado por siete

ejércitos diferentes. El lunes entró el primero, nos reunió a todos en la plaza y nos obligó a jurar su bandera. El martes entró el segundo, juntó en la misma plaza a los sobrevivientes del día anterior y nos obligó a jurar otra bandera, la suya, por supuesto, y así el miércoles, y así el jueves, y así el viernes, y así todos los días".

A pesar de que mi abuelo era de esos judíos de Europa Central a los que la miseria y los pogroms habían hecho perder todo, todo menos el buen humor, yo, que tan claro tenía que era argentino, como que argentina era la bandera que había jurado, no me animé a preguntarle jamás cómo se las habían ingeniado los sobrevivientes del viernes para jurar la bandera del ejército del sábado, ya que el sábado los judíos no pueden jurar ninguna otra bandera que el sábado mismo, día en que sólo trabaja el espíritu y el mundo, todo el inconmensurable mundo, definitivamente redimido y en paz, con todos sus reinos y sus pueblos y sus ciudades y sus campos y sus mares y sus bosques y sus fieras y sus siete cielos y sus siete planetas y sus infinitas estrellas, como infinitas son las doradas arenas del desierto y las dispersas simientes de Abraham, en fin, todo el mundo florece ante los ojos como las murallas santas de Jerusalem. De todos modos, no sé cómo mi abuelo había sobrevivido, pero lo cierto era que había sobrevivido, y sin perder los ánimos, conservando al menos los necesarios como para seguir haciendo planes para el año próximo, todos los días del Perdón, antes de que se encendiese en el cielo — ya no de Colorash, sino de Buenos Aires — la primera estrella del nuevo año.

Un día lleno de luz, de esos tan transparentes que merecen ser sábado, pero que no lo son, porque sábado, por ahora, hay uno solo, mi abuelo cruzó la vía férrea y no vio el tren. Ese fue el primer año en que mi abuelo no pudo volver a exclamar, como lo había hecho a lo largo de toda su vida: "El año próximo en Jerusalem". Una vez más, y como siempre inútilmente, o, al menos, sin saberse exactamente por qué, la muerte había sido más rápida que el apurado paso milenarista hacia la Tierra Prometida. Al fin y al cabo, si algo parecido le había pasado a Moisés ¿por qué no le podía pasar a mi abuelo? Nuestro Rabí, no tras huir de Colorash, del que nadie se acuerda, sino del Cautiverio, del que siempre haya memoria, y no tras ser perseguido por siete sino por setenta veces siete ejércitos, igualmente fue arrollado por la muerte, nada menos cuando tenía la Tierra Prometida delante de sus ojos, a poco menos de un tiro de piedra. Eso es lo que se llama un triste destino de judío. Pero, bueno, Moisés murió; a otros les tocó la bendición de dar el paso que faltaba para alcanzar la Tierra Prometida, aunque por lo visto, Él, que da y que quita, alabado sea, decidió que todavía no era el momento, y es desde entonces que aún está por verse cuándo.

También mi abuelito murió, y no porque confundiese ese día con el sábado — en este sentido, el olfato no le fallaba, porque el candor del sábado, como el del pan, se huele en el aire —; lo más probable es que no viese el tren porque en ese momento, él, bendito sea su recuerdo, debía de estar más cerca de las alturas del Nebó, a menos de un tiro de piedra de la Tierra Prometida, que del humo de la locomotora y los gritos de espanto y la muerte.

A tiro de piedra

Entre tanto, yo, argentino, empujado por otro ejército que enarbolaba la bandera que yo había jurado, crucé el charco en sentido inverso al que mi abuelito había seguido cuando siete ejércitos lo echaron de Colorash, y fui a parar adonde ahora vivo, no sé por qué, justo en el cruce de vayas a saber qué cambiantes y absurdos caminos, pero ésta es otra historia. En fin, este año, a raíz de un encuentro de escritores, estuve en Jerusalem. Como no podía ser de otra manera, me acordé de mi abuelito y pensé: si yo fuese él y él estuviese aquí como estoy yo, y en el cielo estuviese a punto de aparecer la primera estrella, y hoy fuese realmente el Día del Perdón, del Perdón en serio, de golpe tendríamos que cambiar de planes para el año próximo. Después de miles y miles de años — lunares todos, lunáticos los más — con los mismos proyectos, ¿qué hacer cuando la Tierra Prometida ya es realidad? Es probable que antes de que saliese la primera estrella, mi abuelito se hubiese reído mucho: "no hay duda, lo prometido es deuda", hubiese afirmado, y todos sus planes para el futuro no hubiesen sido más que esa risa que, como la leche y la miel, le brotaba del alma, claro está, cuando reía.

Estuve siete días en Jerusalem, la misma cantidad de días en que Colorash fue ocupado por siete ejércitos diferentes, pero Jerusalem, por más parecidos que tenga con Buenos Aires, no es Colorash, es Jerusalem y, por lo tanto, inexpugnable, mejor dicho, inalcanzable para los siete ejércitos, cuyas huestes, a lo sumo, en el más trágico de los casos, y Dios no lo permita, sólo podrían llegar a estar a poco menos de un tiro de piedra de Jerusalem, incluso encaramarse en sus murallas, pero nunca descansar en

la tibia intimidación de su regazo. En este sentido, las tonterías de los seres humanos son infinitas: apremiados por retener para siempre entre sus manos la Tierra Prometida, los justos y los pecadores, los santos y los impíos, las víctimas y los verdugos, unos para que de una vez por todas las promesas se vuelvan Tierra y otros para que definitivamente la Tierra se quede en promesas, suelen perder su corazón entre las arenas aquellas, las del desierto que durante cuarenta años atravesamos, nosotros, por fin libres del Faraón, borrado y olvidado sea su nombre, pero aún esclavos del peor de los cautiverios: el de los falsos dioses.

De todos modos, yo, abuelito, estaba en Jerusalem, y estas piedras, este cielo, este sábado, todo eran evidencias de que yo estaba en Jerusalem. Lo que ni siquiera Moisés, Nuestro Rabí, había conseguido, lo había logrado yo, el nieto de mi abuelito, para su gloria y honor, y también de mí mismo y de mis hijas — así espero — y de los hijos de mis hijas, amén. En el cielo superior de los siete cielos, liberada de los compromisos del calendario, la primera estrella, aquí, aquí mismo, delante de nuestros propios ojos, volvía a ser la primera y la última, brillando siempre en la Corona del Reino, para que Jerusalem tuviese, como tiene, esa luz tan única, como único es el sábado entre todos los días, santificado sea.

A la mañana siguiente de llegar a Jerusalem fui al Iad Vashem, el Museo del Holocausto, una mañana de niebla que se hacía girones entre las piedras y flotaba en el aire como el humo de un incendio no del todo apagado. Allí dentro aún ardía Colorash, arrollado por siete ejércitos, todos los días, todos los años, todos

los siglos, si bien antes de que salga la primera estrella, abriéndose paso entre los verdugos, como Moisés, Nuestro Rabí, entre las aguas, mi abuelito volvía a exclamar: “el año próximo en Jerusalem”. A propósito, en varias fotos reconocí a mi abuelito justo en ese preciso instante, detrás de las alambradas, al fondo de los barracones, huesos entre huesos, desencajado por la infinita soledad de Dios, que es Uno, sólo Uno, lejos como nunca de la Tierra Prometida, aquella del alma que le brotaba como la sangre brota hasta de la más insignificante de las heridas. Tuve que salir de allí y volver a ver las colinas y las piedras y los olivos entre las piedras y cruzarme con sobrevivientes de todos los ejércitos para que la risa volviese a habitar el recuerdo de mi abuelo. Pero mi abuelo, que siempre, como ya he dicho, hacía planes para el futuro, no se hubiese quedado, como efectivamente no se quedó, entre las ruinas humeantes del más trágico pasado. Hubiese dicho: no perdamos el tiempo, ahora que la estrella es eterna y eterno es el sábado, vayamos hasta el Muro a deshacernos de nuestros lamentos, que ya son muchos. Y es lo que hice.

— Cuidado, que por allí tiran piedras — oí al pasar que advertía un discípulo, de arrogante sombrero y capota negra —, por allí no vayamos...

— Si no ahora, ¿cuándo? — oí que le respondía un viejito de barbas blancas y blancas túnicas —, si no yo ¿quién?

Y el Rabí avanzó solo por el camino, cantando, bailando, rezando para que en el corazón de su discípulo la fe se hiciese más fuerte que el recelo, como fuerte en su sabiduría es Él, el innombrable, el eternamente anónimo.

Se me llenaron los oídos de melodías piadosas, y de no ser que cada generación tiene su propio cántico, yo me hubiese unido a los rezos para que Él se apiade de las almas enfermas, pero mi corazón ya se iba dando saltos por la carretera que rodea la colina.

Sólo era cuestión de andar un poco, un poquitito más. Así llegué hasta el Muro, me acerqué a él lentamente, como quien saborea hasta en los huesos el cansancio de una larga, larguísima caminata, y sentí ternura por ese fleco de hierba que crecía entre las piedras sagradas. También él sostenía, tanto o más que las piedras, el peso de las miradas de tantos millones y millones de sobrevivientes puestas tercamente en la Tierra Prometida, miradas doblemente duras, por ser de ojos que, a lo sumo, en el mejor de los casos, Dios así lo quiso, sólo llegaron a tener delante de sí toda la Tierra Prometida, a menos de un tiro de piedra, sin poder siquiera rozarla con el último aliento de su última plegaria. Pero, ¿por qué tan amargos pensamientos si habíamos quedado en venir hasta el Muro para deshacernos precisamente de todos los lamentos? Desde arriba, encaramados en las murallas, junto a una bandera, un puñado de soldados observaba los movimientos de la gente. Sus botas pisaban alto, o sea, todo lo que la soberbia consigue alzarse de la tierra, que es siempre muy por debajo del más bajo de los siete cielos.

— ¿Han visto por aquí a mi Rabí? — oí que preguntaba a mis espaldas el discípulo, desesperado porque había perdido a su Maestro, justo ahora que el camino era un nudo de callejuelas.

— Cuidado, por allá no, que están tirando piedras — le contestaron los soldados y le cortaron el paso.

A tiro de piedra

No es justo, sacudí la cabeza, no es justo, y volví a conversar con mi abuelito, de corazón a corazón, como sólo pueden hacerlo dos judíos, simplemente judíos, que, después de miles y miles de años de ir y venir por los infinitos caminos del regreso, acosados por todos los ejércitos multiplicados por siete, llegan por fin al pie del Muro, cansados, sucios, harapientos, refugiados, expulsados, desterrados, negados, dispersados, confinados, apaleados, detenidos, interrogados, torturados, simplemente eso, pobres de la Tierra, y, pese al toque de queda, suben hasta el corazón, desde dónde, Señor, y hasta cuándo, este dolor más duro que la piedra arrojada desesperadamente para alcanzar como sea la Tierra Prometida, más frágil que el fleco de hierba bajo la bota, más efímero que el humo que atraviesa los siete cielos, y, como un presentimiento, ensombrece el guiño de la estrella, la primera a punto de salir ahora en Colorash, en Buenos Aires, en medio de la niebla que aún cubre estos alrededores de la Tierra Prometida, como girones entre las piedras, humo de incendios no apagados del todo, ni mucho menos, cuya luz alimenta este vano espejismo de Jerusalem, siempre tan cerca de la Redención, siempre tan cerca.

— Abuelo, de una vez por todas, ¿cómo hicieron los sobrevivientes del viernes para jurar la bandera del ejército que el sábado, santificado sea, invadió Colorash?

— Abraiml — me sonrió en voz baja — un judío, nada menos que un judío, ¿puede tomarse en serio la bandera de un ejército que mata los sábados?